

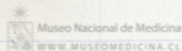


12
C
A 3

24 Dic. 1885

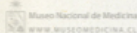
262

Reseña Histórica



Museo Nacional de Medicina
WWW.MUSEOMEDICINA.CL

de la
Fiebre Amarilla
en el
Departamento de Ica,
Perú

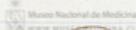
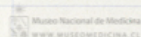
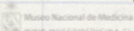


en 1883.



Museo Nacional de Medicina
WWW.MUSEOMEDICINA.CL

Memoria de prueba para optar al
grado de Licenciado en la Facultad de Me-
dicina i Farmacia

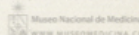


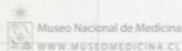
Por
Pastor Alvarez Reyes.



Museo Nacional de Medicina

WWW.MUSEOMEDICINA.CL 1885.

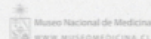
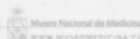
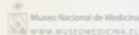




Museo Nacional de Medicina

WWW.MUSEOMEDICINA.CL

*Reseña Histórica de
la Fiebre Amarilla en el
Departamento de Tca, Perú
en 1883.*



1.



Museo Nacional de Medicina

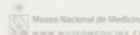
WWW.MUSEOMEDICINA.CL

Varios, sino la mayor parte de los chilenos, ignoran que haya habido epidemia de fiebre amarilla en el Departamento de Tca, en el Perú, durante la ocupación militar de ese departamento. Y aun entre los mismos que en 1883 ocupaban a Lima, es crecido el número de los que aun se sorprenden al oír hablar de fiebre amarilla en Tca. — Estos hechos se explican perfectamente por dos motivos: uno muy plausible que tenía por objeto ocultar



Museo Nacional de Medicina

WWW.MUSEOMEDICINA.CL





cuanto desgraciado tenía lugar en nuestro Ejército, i otro no muy razonable que tendía a desvirtuar la verdad, propalando que nada de fiebre amarilla tenía la enfermedad reinante entonces en Ica, a la que daban los diarios diversos nombres, ménos ninguno de los verdaderos.

Con el objeto de dejar bien sentado el hecho de la existencia de una epidemia de Fiebre Amarilla en el Departamento de Ica, del Perú, durante la ocupación chilena i en el año 1883, es que aprovecho la oportunidad que me ofrece el presente exámen para presentar una reseña de dicha epidemia, en la cual me cupo desempeñar un pequeño papel.

II.

El primer trimestre del año nombrado, pasó sin que tuviéramos que lamentar ni una sola defunción en la ciudad de Ica i solo una en el puerto de Pisco, perteneciente al mismo departamento. Pero, llegado el mes de abril, principia la muerte a arrebatarnos uno a uno a los mas robustos i vigorosos soldados, como que la enfermedad de que eran acometidos elije siempre sus víctimas de entre ellos.

El día 8 del citado mes estaba casi en agonias un italiano, Fortunato Badaracco, domiciliado en Ica, i habiéndome anunciado los médicos que lo asistían

que habian diagnosticado un caso de vómito negro, marché a cerciorarme por mi mismo. — Para mí que nunca había sido leído la fiebre amarilla, no es de extrañar que quisiera hallar en dicho enfermo uno de los esos tipos que nos describen los libros: i viendo que el principal sintoma, el vómito negro, no existía, ni esa amarilla icterica que yo me había figurado en mi imaginación, no tuve inconveniente por eso i por no proceder lijeramente en un caso tan delicado, en aplazar mi diagnóstico. Pero luego sali de dudas, pues que en la noche había muerto el enfermo i obtenido yo el consentimiento de la familia para practicar la autopsia al dia siguiente. Trasladado al panteón en compañía de dos recomendables i antiguos facultativos con el objeto indicado, me convení ya de la veracidad del diagnóstico de estos, al ver el hígado con su color café con leche característico, el estómago lleno de la materia que no había sido espulsada en vida i con su color negro de alquitran, el corazón distendido i casi lleno de coágulos negruscos, la vejiga reñida i vacía, etc.

Dado este caso con su diagnóstico para mi post mortem, fue ya fácil diagnosticar el segundo en el Capitan del Batallón "Lontue," don José A.º Castellón, que presentó, por lo demás, todo el cor-



tejo de signos característicos de un tifus icteroides, desde la albuminuria primero i despues la anuria, hasta el vómito negro i la diarrea de la misma naturaleza, i desde la inyeccion característica de los ojos i el dolor de barra marcado, hasta las hemorragias puntiformes de la lengua i ese color amarillo pa-ja especial i bien diferente de la amarillez icterica de la piel. Heago notan esta diferencia para disculparme yo mismo de cuando quise encontrar en la fiebre amarilla ese color del icterus que no existe sino en casos complicados de catarro de las vias biliares o cuando se han suspendido las funciones depuratorias del higado, siendo asi que el que toma la piel en esta afeccion es, como he dicho, amarillo pa-ja i semejante al del esmero de la sangre, a cuya extravasacion es atribuido por algunos autores.

Pero aqui debo volver atras i llegar al dia 4 de abril en que fui a ver al cabo del Batallon nombrado, Samuel Silva, asistido por el doctor peruano don Manuel Paulet. Se diagnosticó, i yo tambien lo hice, una fiebre tifoidea. Pero los casos subsiguientes nos autorizaron para rectificar ese diagnóstico i reconocer, aunque ya tarde, que ese habia sido el primer ejemplo de fiebre amar



illa en la ciudad de Ica. Es cierto que ese no era un caso tipo, pero no es menos cierto que, por mis recuerdos, fué muy semejante a muchos que se presentaron despues, i que solo la despreocupacion de tener que tratar un caso de fiebre amarilla i mi ningun conocimiento práctico en la enfermedad, me lo hicieron desconocer. Para constancia de esto fue que se hizo rectificar el diagnóstico que se había apuntado, tanto en la papeteta de cama del enfermo como en el libro de estadística.

III.

Ya desde el día 10, fecha de la defuncion del Capitan Castellon, principiaron a repetirse uno a uno los nuevos casos marcados de fiebre amarilla, hasta el punto de encontrarnos en el último tercio del mes en medio de una verdadera epidemia i habiendo perdido hasta fines del mismo, doce hombres pertenecientes todos al Batallon "Lontué."

Parece que durante este mes la epidemia respetaba a las fuerzas de Caballeria i Artilleria destacadas en Ica.

Siguió el mes de mayo i con él el aumento de la epidemia que ya había tenido sus ramificaciones en todos los pueblos del Departamento o-



cupados por las fuerzas chilenas: en Pisco, Chincha i Tambo de Mora, atacando ya no solo al Batallón Lontué, sino tambien a Carabineros de Junco, Artilleria i Compañia del Victoria destacada en Pisco.

En la ciudad de Neapomó durante este segundo mes tanto vuelo la epidemia que la mortalidad alcanzó a 26, repartidos en 15 del "Lontué", 4 de Carabineros, 6 del Fiquete de Artilleria i un practicante del Servicio Médico, don Pedro Leon Bravo.

En los otros pueblos del Departamento que en el mes de abril habian perdido 5 hombres de las fuerzas chilenas, todos en Chincha, i que pertenecian 3 a Carabineros i 2 al "Lontué", aumentó tambien, como he dicho, la epidemia, llegando todos esos pueblos a tener en defunciones la cifra 26, repartidas en 21 del Batallón "Lontué", 10 de Carabineros, 4 de la Compañia del Victoria i un teniente de la Comandancia de Armas del Callao que se encontraba de paso. De estas defunciones, 25 ocurrieron en Chincha i 11 en el puerto de Pisco.

Por consiguiente el total de defunciones que en el mes de abril habia alcanzado en todo el Departamento a 17, subió en el de mayo a 62. Ya que he principiado por dar a conocer la



mortalidad de la epidemia durante estos dos meses, quiero mejor seguir en este terreno i dar igualmente las ocurridas en los dos meses siguientes hasta el 28 de julio, época en que con la muerte del practicante, don Ambrosio Luna, dió fin esta epidemia que tantas vidas costó al Ejército chileno.

En esta virtud paso a apuntar que en el mes de junio el número de defunciones alcanzó en Toca a 26, perteneciendo de estos 20 al "Lontué", 3 a Carabineros, uno al figurante de Artillería i 2 empleados, cajero fiscal el uno i practicante el otro, don Eduardo Olivares.

En los otros pueblos del Departamento ocupados por las fuerzas chilenas, alcanzaron las das de defunciones en el mismo mes a 28, ocurridas 22 en Chincha i 6 en el puerto de Piseco. En este número corresponden 20 al Batallón "Lontué", uno a Carabineros, 6 al Batallón "Victoria" i el Secretario de la Jefatura Política i Militar del Departamento, don Roberto Venegas Díaz.

Por consiguiente, el total de defunciones en todo el Departamento, alcanzó en el mes de junio a 64.

Por fin, durante el último mes de la epidemia, ya no fue ni con mucho tan crecido el número de los que a ella sucumbieron, reduciéndose a 19. De estos, 10 del Batallón Lon-



tú, 3 de Carabineros de Yungay, 5 del "Victoria" i uno del Servicio Médico. 11 ocurrieron en Yca, 5 en Pisco i 3 en Chincha.

Resulta de estos datos que el número de defunciones ocurridas en todo el Departamento de Yca a consecuencia de la epidemia de fiebre amarilla de 1883 alcanzó a 162 individuos del Ejército chileno.

Adjunto un cuadro que manifiesta en detalle el número de defunciones ocurridas en cada uno de los destacamentos de la división de Yca i de las que corresponden a cada uno de los cuerpos que la componían.

De dicho cuadro resulta que hubo en la ciudad de Yca, 85 defunciones de entre las fuerzas chilenas; 22 en el Fuerte de Pisco i 55 en Chincha.

IV.

El que esto escribe, ejercía el cargo de Cirujano en la ciudad de Yca i por consiguiente no pudo llevar una estadística completa sino de los casos ocurridos en la guarnición de dicha plaza. Por esto también me limitaré a lo expuesto sobre la mortalidad en los demás pueblos del Departamento, agregando que de sus guar-



niciones fue bien el caso el número de los que escaparon de ser atacados del flagelo.

Paso, pues, a ocuparme especialmente en lo ocurrido en Ica.

Apenas convencidos de la existencia de los primeros casos de fiebre amarilla, la autoridad siguiendo los consejos de la ciencia, nada omitió para impedir los progresos de la enfermedad i obtener que no adquiriera los caracteres de una verdadera epidemia. Al efecto, inmediatamente se dictaron las ordenes necesarias para el blanqueo i alquitranaje de los edificios i el acceso interior de ellos, que como es notorio, los pueblos del Perú se sirven de sus mismos sitios i aun de las azoteas de sus casas para depósitos de las inmundicias, de donde naturalmente, entrando en putrefacción, se desprenden en forma de miasmas i mantienen la atmósfera en un estado continuo de viciación. Esto explica esa primera medida tomada i los riegos con líquidos clorurados i fenicados i las combustiones de alquitran practicadas con prontitud en las calles de la ciudad, así como la orden para que inmediatamente se sacasen del pueblo las crianzas de puercos,





que entonces abundaban en todo él.

La situación del Hospital debía ser también uno de los primeros puntos que debían tenerse en vista, pues que situado como se hallaba casi en medio del pueblo, iba a convertirse se luego en un nuevo foco de epidemia. Por eso fue necesario dar orden de desocupar el Hospital de Mujeres, situado lejos del pueblo a diez cuadras de él, arenales de por medio i en situación N. E., en donde los vientos reinantes protegían al pueblo de los miasmas contagiosos i quedábamos casi aislados los enfermos i sus cuidadores del resto de la guarnición.

Además, los cadáveres de los fallecidos, una vez constatada la muerte, eran inmediatamente inhumados, ya fueran estos de militares o paisanos.

Pero todas las medidas eran impotentes para detener los progresos del mal que había, como he dicho, tomado todos los caracteres de una epidemia en el último tercio de abril.

Por consiguiente, quedaba solo el gran medio contra semejante epidemia: abandonar el lugar epidemiado. Si lo pensé i consulté al General en Jefe; pero ya era tarde. La ma



por parte de los soldados yacian atacados por el flagelo i por los que habian salido de él, casi nada, sino los desvíos de régimen, habia que temer. Por otra parte; adonde ir con un cuerpo de ejército que lleva en sí el jéner o el contagio de la fiebre amarilla? Habiamos traído a Chile o llevado a Lima a incorporar al gacero del ejército, uno que los llevaba la muerte? Indudable me parece que no. — El Ayacucho decia el General. Pero, si el principal precepto para escapar de una epidemia es huir de su foco, el precepto se refiere a personas aisladas o a familias; pero creo que nunca podría referirse a un cuerpo de ejército que consta, como constaba el del Departamento de Ica, de 800 hombres. Me parece que no habiamos abandonado a los que, en caso de marcha, se encontraban bajo la influencia de la enfermedad, ni habiamos ido regando el camino de una cordillera con los cadáveres de los que al dia siguiente i en el mismo dia habrian sido atacados, ni tampoco con los que llevando en incubacion el mal, habrian ido presentándolo poco a poco.

Y cuento con que todos serian cadáveres, porque una enfermedad como la en que me ocu-





po, que exije una suma de cuidados i atencions, habria hecho en cada atacado una victima, en ca-
minos en que tenia que ser absolutamente im-
posible prestar sino muy medianos auxilios a
un felicitante. e Ademas, individuos que, llevan-
do consigo el jérmén de la enfermedad, habrian
sido quizá benignamente atacados o aun talvez
escapado a sus consecuencias, tenian que serlo
de un modo maligno, tanto por las fatigas del
viaje, cuanto por la carencia absoluta de un
régimen, imposible en un ejército que marcha.

Estas fueron las principales razones en
que la comision nombrada por el Sepe Político
i Militar del Departamento, don Leoncio E.
Fagle, se fundó para oponerse a la idea de a-
bandonar las guarniciones en que ya desde dos
meses se habia declarado la fiebre amarilla.
Las firmantes de ese informe creimos cumplir
asi con las prescripciones de la ciencia.

Ya que era imposible abandonar el
Departamento en el estado en que se encontra-
ba la epidemia, menester era dedicarse unica-
mente a combatirla i no omitir sacrificios par-
a alcanzarlo.

Asi fue, que tanto de la autoridad Mi-



litar, como de la Direccion del Servicio Sanitario, se enviaron ordenes para poner todos los elementos necesarios al servicio de los enfermos. Con los auxilios que tan oportunamente se prestaban, pudo ponerse el Hospital en estado de atender con toda sollicitud a los epidemiados.

Museo Nacional de Medicina

V.

El Hospital de la Plaza que estaba al cuidado inmediato del que esto escribe, recibió durante los meses de epidemia, a doscientos cincuenta atacados de fiebre amarilla, de diagnóstico completo, es decir de aquellos que ninguna duda dejan en el espíritu de quien los asiste.

En una epidemia de esta naturaleza, se incurre siempre en dos errores. Se tiende a considerar todo caso febril que se presenta como un ejemplo de la enfermedad reinante, aunque haya sido a veces una intermitente de un carácter simplemente anómalo; i por otra parte no siempre se está dispuesto a considerar como fiebre amarilla una que verdaderamente lo es, porque no ha presentado el cortejo de síntomas de todos sus periodos, como una enfermedad ciclica.

El último estremo es tal vez en el que es más difícil caer; pero del que no puede escapar el que por primera vez se encuentra casi completamente solo en medio de una epidemia, cuya enfermedad se es enteramente desconocida prácticamente.

Por esto es que en el libro de estadística que original existe en la Dirección del Servicio Militar de esta Capital, se encuentran varios ejemplos de fiebre remitente, anotados al principio de la epidemia i que, sin duda, no eran sino casos de fiebre amarilla que no habian recorrido sino la primera fase de la enfermedad. Por esto no titubeo en afirmar que esos casos hacen subir los de fiebre amarilla que se asistieron en el hospital militar de Ica a cerca de trescientos.

De estos hubo setenta i nueve que terminaron fatalmente, lo que equivale a un 26 por ciento i a un 31 de los doscientos cincuenta casos netamente comprobados.

Como en el resumen aparecen 85 defunciones en la ciudad de Ica, agregaré que las seis restantes tuvieron lugar fuera del hospital i pertenecen a oficiales o a empleados civiles que eran cuidados en habitaciones especiales i no asistidos por empleados del Servicio chileno i que por consiguiente no aparecen en el libro de estadística.

VII.

Voi en este acápite a indicar el tratamiento a que nos ajustábamos de un modo jeneral i fuera de casos especiales en que los síntomas esci-
pian modificaciones en relacion con ellos.

Siendo como es la fiebre amarilla una enfermedad infecciosa i no conociéndose espe-
cífico alguno contra ella, es natural atender a la patogenia de la enfermedad para insti-
tuir el tratamiento.

Por esto en cuanto llegaba un enfermo con los síntomas de la enfermedad reinante, lo primero que se trataba de hacer era depurar su organismo de la infeccion por los sudoríficos, pre-
firiendo las preparaciones amoniacales i nitrosas por la gran difusibilidad de que están dotadas. Además, perdiendo la piel muy pronto sus pro-
piedades en la fiebre amarilla i haciéndose luego rebelde a la transpiracion, era necesario aprovechar seguidamente este emuntorio antes que eso acon-
teciera. Por otra parte, coincidiendo la mejoría en los casos felices i aun en los que no lo son, con una diaforesis abundante en el curso natural de la enfermedad, debe aprovecharse ese aviso de la naturaleza como lo recomiendan todos los au-
tores.

Después de haber llenado esta indicacion se

hechaba mano de otro gran emuntorio: el intestino. Para esto se recurría generalmente al aceite de ricino a dosis de 60 gramos, adicionándole con el jugo de uno o dos limones cuando el estado de la lengua i las náuseas o vómitos hacían conocer el estado saburral del estómago. Generalmente con esta adición no había necesidad de ocurrir a los vomitivos para deshacerse de estos síntomas i de sus causas, ventaja algo importante por cuanto un vomitivo, aunque sea ipecaeuana sola, abate las fuerzas del paciente de que tanto necesita en el curso de la enfermedad.

A esto se limitaba nuestra acción en los casos lijeros, como en el de que fui atacado el que esto escribe; i muchos que se presentaban con un cortejo de síntomas alarmantes i que parecía debían seguir al segundo periodo, se detenían con este tratamiento i los enfermos entraban en convalecencia al tercer día.

Pero como muchos otros seguían su curso, era ya menester instituir un tratamiento sintomático, para lo cual según cada caso, procedíamos de la manera siguiente.

Para prevenir i combatir el vómito negro, se recurría siempre al hielo en trozos i a la creosota repetal. También con la esencia de trementina en perlas o en flocion, se llenaba la



doble indicacion de obrar contra las hemorra-
fias i de sostener la diuresis, asi como con la le-
che se ayudaba a este ultimo resultado i a ali-
mentar al paciente.

Con el objeto de mantener en cuanto sea po-
sible la transpiracion i bajar al mismo tiempo
la temperatura, se propinaba al enfermo lociones de
agua con vinagre aromático, envolviéndolo inme-
diatamente en frazadas i el todo en hule para
impedir la evaporacion i por consiguiente el enfria-
miento rápido.

Al mismo tiempo se trataba de sostener
o aumentar las fuerzas del enfermo por los tónicos:
vino opoto, preparaciones de quina i almizcle i
castoreo, como estimulantes, etc., etc.

Como en la ciudad de Ica es endémica
la fiebre intermitente, no era raro descubrir, si se
observaba con atension, una mezcla de un caso
de fiebre amarilla i de intermitente. En estos ca-
sos era cuando se empleaba el sulfato de quinina
para quitar este elemento que complicaba la
enfermedad. - He leído muchas oposiciones al
empleo del sulfato de quinina en la fiebre amar-
illa, hasta llegar a decirse que, dado en esta enfer-
medad, obra como un verdadero veneno. No creo

que contra semejante fiebre no tiene ningun influjo benigno; pero si sucediere que hai mezclado a ella un elemento palustre, me parece que no debe turbarse en quitarlo de por medio i lejós de obrar como un veneno, puede dejar a la enfermedad amailla, una vez sola, tomar una marcha próspera.

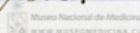
Esto precisamente fue lo que aconteció en el caso del Delegado de la Intendencia del Ejército en Yca, don Manuel S. López. Había notado una elevacion del termómetro cada cuarenta i ocho horas, a las cuatro de la tarde, con la citud jeneral i esas pandiculaciones propias de un ataque de fiebre intermitente, sin ninguna otra manifestacion. Propuse el sulfato de quina i se me rechazó por un médico que creía ver en este agente un verdadero veneno contra el tifus icteroides, hasta el punto de creer que debía dejarse esa complicacion a trueque de no perturbar la enfermedad en si; pero yo creía que quitando ese elemento era mas fácil dominar la enfermedad principal, i como el enfermo estaba bajo mi responsabilidad, i cada dia que pasase era una probabilidad mas de muerte, le administré un gramo de sulfato de quina. Pues, bien: a las cuarenta i ocho horas siguientes ya no hubo elevacion de temperatura i el enfermo entió en



un mejoramiento progresivo, i eso que ya habia
presentado i tenia aun los sintomas del segundo
periodo.



Esta aversion al Sulfato de quinina tiene sin
duda por objeto oponerse a esa práctica de usar este medi-
camento como específico de la fiebre amarilla, sien-
do así que está probado que ninguna influencia benefi-
ca ejerce sobre ella; pero de esto a proscribir completa-
mente su empleo aun cuando haya una complicacion pa-
lustré i llegar aun a considerarlo como un veneno, hai
una injusticia que puede costar muchos desengaños a los
que la sigan.

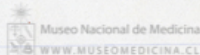
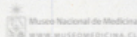


Pastor Alvarez B.

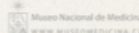


Museo Nacional de Medicina
WWW.MUSEOMEDICINA.CL

Diciembre de 1885.



Museo Nacional de Medicina
WWW.MUSEOMEDICINA.CL





Cuadro de las defunciones por Fiebre Amarilla en el Departamento de Yca (Perú) el año 1883.

Mes.	Cuerpo.	Yca.	Pisco.	Chincha.	Total.	F. firmad.
Abril.	Batallon "Lontue".	12.		2.	14.	
"	Reg. Carabineros de Y.			3.	3.	17.
Mayo.	Bat. "Lontue"	15.		21.	36.	
"	Reg. Carabineros de Y.	4.	6.	4.	14.	
"	Reg. "Artilleria n.º 2."	6.			6.	
"	Bat. "Victoria."		4.		4.	
"	Comandancia del Callao.		7.		7.	
"	Servicio Medico.	1.			1.	62.
Junio.	Bat. "Lontue."	20.		20.	40.	
"	Reg. Carabineros de Y.	13.		1.	14.	
"	Reg. "Artilleria n.º 2."	1.			1.	
"	Bat. "Victoria."		5.	1.	6.	
"	Sefatura.		1.		1.	
"	Servicio Medico.	1.			1.	
"	Caja Fiscal.	1.			1.	64.
Julio.	Bat. "Lontue"	7.		3.	10.	
"	Reg. Carabineros de Y.	3.			3.	
"	Bat. "Victoria."		5.		5.	
"	Servicio Medico.	1.			1.	
Resumen General.		85.	22.	55.	162.	162.